

# OCIO NOBLE, ARTESANIA Y GUERRA

Por

PEDRO MOURLANE MICHELENA

Italia, junio. Marsilio y Angelo Ambrogini. Dieciséis años más el primero que el segundo. Jardín toscano. Departen los dos sobre la teoría que llaman órfica del número y de la *ubertá* con los que la prosa corre en el embeleso de sí misma como un río del Paraíso antes del pecado. ¿Hombres de letras, humanistas? Lo uno y lo otro. Marsilio ha compuesto un *De voluptate* y enseña persuasivamente a conciliar las dos antigüedades, la gentil y la cristiana. Las sienes le platean y grandes cuitas han cansado su corazón. El, con todo, guarda entero el lote de entusiasmo que recibió en la cuna.

—Este nuestro siglo—le dice a su interlocutor—es verdaderamente la Edad de Oro, pues nos ha rescatado ciencias y artes que nuestros padres creyeron irreparablemente perdidas: la Gramática, la elocuencia, la poesía, la pintura, la escultura, la música, los antiguos cantos de la lira de Orfeo. Eso, aquí, mientras en Alemania han inventado en nuestros días la imprenta y las tablas astronómicas gracias a las cuales calcularemos con mil o con diez mil años de antelación los fenómenos celestes. Bajo los auspicios de la casa medicea se han hecho aquí versiones de los tesoros literarios de Grecia y de los países de Oriente para que esta gran ciudad los conozca y los goce.

—Así es—le responde Angelo.

—Mañana—insiste Marsilio—leeremos unos escolios que hago a través de las Eneadas de Plotino a la doctrina de la belleza que está palpitando estelarmente en el *Fedro*.

—Y antes, y después, y siempre—interrumpe Angelo—en a Creación, que es perfecta en todo: en la arquitectura de los astros en que los números se conciertan, en la diversidad de los seres, en el jardín, en la torre, en el navío. No palpita menos en el amor, aunque la castidad triunfe del amor: la muerte, de la castidad; la gloria, de la muerte; el tiempo, de la gloria; la divinidad, del tiempo. Vivo el primer torneo, o sea Marsilio, la escaramuza aun ligera del amor con la castidad, el amor que conozco en mí y por mí y la castidad que no conozco sino por los Santos Padres.

—Sólo la verdad—advierte Marsilio—vale más que la belleza, que si es incorruptible en sí, se corrompe en la rosa, en la estrella y en la carne de la mujer amada. Y si no en la Beatriz de la Comedia es porque Beatriz es orden sobrenatural, como se desprende de uno de los laudes del que la situó donde debía. «Entre la última noche y el primer día obra tan acabada no se vió ni se verá.» Aquí, en Florencia, encarnó la gracia, que, como dicen los teólogos, se confiere *in via*, y ahora y eternamente es la *lumen gloriae* que se confiere *in patria*, o sea el paraíso. Sé que tu oficio te liga a la belleza más que a la verdad, y del mío no sé qué te diga. Menos mal en todo caso que discernio en la ironía socrática la modulación que hace de la verdad un enigma y no un dilema sin velos ni un dogma. Te descubriré un secreto si me lo recatas a los demás, y es que en Plotino la sonrisa de Sócrates se ha secado. En nuestro consistorio mediceo se ha dialogado mucho sobre el arte de sonsacar o partear conjeturas, y sobre el don que los griegos nos transmiten para que se aprenda enseñando. Yo he desmontado en la Academia los resortes del juego socrático.

—Los de la malicia—ataja Marsilio—, que los del amor me están moviendo como a la fábrica de los mundos. ¿Te acuerdas del verso de Petrarca, «el aire, el agua y la tierra están llenos de amor?» Hoy, como entonces,

*Ridono il prati e' il ciel se rassereña*

vivamos el día, la hora, el minuto, que mañana meditaremos la homilía de Crisóstomo o los salmos del rey profeta. No to-

dos viven el instante como nosotros, pues que unos se ciñen la armadura o saltan sobre el corcel o la carabela, y otros y otros van ajustando piedras en el arco civil o en la cúpula, o se aplican pacientemente en sus obradores a la ballesta, al paño de altar, a la daga o al camafeo. Otros hay también que pintan festines, cacerías, milagros, ceremonias de corte o batallas. Otros oran, otros siegan la mies y cantan y otros simplemente burlan la caducidad del tiempo amando.

—Hacen bien—asiente Marsilio—, y nuestro Lorenzo no platoniza como sabe y puede, porque el temor a envejecer le impide considerar la gran concordancia entre lo sumo y lo ínfimo, entre la estrella y el gusano. Canta para no gritar el *carpe diem* con que cierra el *Triunfo de las cuatro estaciones*.

*A voi non vale aver bellezza od oro.  
adunque in giovinezza  
conoceste il tesoro  
che presto vi fia tolto da vicchiezza.*

¿Giovinezza? Sí; pero el *carpe diem* ignora todo mundo...

—Es que tú, Marsilio—replica Angelo—, aunque católico, crees en las sibilas y en los oráculos. Pides a la Creación claves arcanas porque has absorbido los venenos de Oriente al traducir al falso Aeropagita, a Mercurio Trimegisto, a Jámblico, a Porfirio, a Proclo.

—Pero he sostenido contra Averroes—responde el interpe-lado—el dogma de la resurrección de la carne y me yergo así sobre las conciliaciones que resumo en la frase «Al Evangelio por las sendas platónicas». Lo que Pomponio Leto no hace en Roma porque no puede, lo hago yo para vosotros. Yo también os enseño *come l'uom s'eterna*, cómo el hombre aun antes de morir y de resucitar se hace eterno.

Cuando callan los dos un minuto yerra en el aire un son de campanas. Como en esta ciudad en otras de Italia, gentes con ocio noble departen así. En los talleres los pintores pintan con el mismo desinterés con que Marsilio y Angelo dan al aire sus conceptos. Quieren amar, saber, sobresalir y conciben las bellezas como el mayor presente del cielo. Pero ellos no son humanistas, sino artesanos, y aprenden ante todo con humildad su oficio y ganan con él su pan. El Señor les retribuye con largueza y les otorga a veces como trasunto de la perfección divina a la obra maestra.

Mientras Marsilio y Angelo debaten en el jardín toscano y otros humanistas y letrados no menos patriciamente en Nápoles, en Ferrara o en Roma, esos pintores Jacopo del Sallaió, el Pollaiuolo, el Perugino y los demás van dejando en sus tablas un conocimiento amoroso de seres y de cosas: grandes damas, señores, arcos de luz, escalinatas, fondos de monte o de mar, jardines, caballos o halcones de cetrería abatiendo garzas reales.

Todo sonrío en este día en que el aire, el agua y el cielo están llenos de amor. ¡Ah, sí! Pero el Petrarca, que hizo ese verso, flageló la dicha que nos corrompe, y en sus cantos a Cola di Rienzo supo reprender acerbamente a la Italia dividida por las facciones y ultrajada por los ejércitos extranjeros. Algo más que amor hay en este mundo, y el amor mismo gusta de ardidés, cercos, asaltos, sorpresas y traiciones. Mientras Marsilio y Angelo Ambrogini departen, un adolescente juega en la ciudad. Es florentino, y dentro de unos años escribirá otro diálogo, en el que dos de sus compatriotas hablan del arte de hacer la guerra y de ganarla. Nombre del adolescente, Nicolás.